

Bogotá, 14 de enero de 2007

Muy buenas tardes a todos.

Felicito a quienes han tenido la idea de este acto, a los organizadores y a quienes lo han llevado a cabo. También a todos los presentes: física, espiritual o virtualmente. Es un reconocimiento a San Josemaría, nuestro Padre, en una ciudad que le dio acogida durante la guerra y que tuvo tanta relevancia en el desarrollo del Opus Dei.

Agradezco también que, después de 23 años fuera de mi tierra chica, alguien se haya acordado de esta burgalesa que ya tiene mucho de colombiana.

Con frecuencia en estos años, he leído y meditado el punto 811 de *Camino*:

¿Te acuerdas? -Hacíamos tú y yo nuestra oración, cuando caía la tarde. Cerca se escuchaba el rumor del agua. -Y en la quietud de la ciudad castellana, oíamos también voces distintas que hablaban en cien lenguas, gritándonos angustiosamente que aún no conocen a Cristo. Besaste el Crucifijo, sin recatarte, y le pediste ser apóstol de apóstoles.

A los 16 años sabía que San Josemaría lo había escrito en Burgos y, más aún, que ese rato de oración había sido también allí: paseando por el Espolón muy posiblemente. Eso me satisfacía y hacía sentir orgullo por mi pueblo.

Desde hace años, al conocer su historia por la edición crítica de *Camino*, lo he saboreado más: unas veces me ha llenado de alegría, otras de expectativa, y muchas me he sonreído al pensar que he sido yo la que he atravesado el charco para ser *apóstol de apóstoles* entre gente maravillosa de Colombia y también de Ecuador por unos años. Gentes de las que he aprendido mucho. También en la oración he agradecido a Dios que las *vozes distintas* aunque estuvieran a 100 mil kilómetros, no fueran en *cien lenguas*. ¡Solo he podido hablar español, burgalés y colombiano!

Que el Señor contara conmigo para hacer el Opus Dei supuso que mi "novela de amor y aventuras" -como a veces San Josemaría se refería a la vocación-, empezara muy pronto. A los 18 años y para iniciar mis estudios universitarios, salí de casa de mis padres, en la antigua Avenida General Yagüe, para coger mi primer avión hacia Bogotá.

Otros recuerdos y relaciones de mi tierra chica con San Josemaría que tienen resonancia en mi diario vivir son: recordar a Burgos como la ciudad que le dio acogida durante momentos históricos difíciles; también imitar el apostolado que desde esta ciudad castellana hizo sin detenerse ante los obstáculos.

Todo esto me estimula a traspolar la situación y comportarme como una buena burgalesa en las actuales circunstancias por las que atraviesa Colombia y que requieren mucha fe y esperanza, paciencia, corazón grande y espíritu de sacrificio para poder comprender, y para aportar sugerencias que den con soluciones desde el Amor a Cristo y de Cristo.

En la sala de lectura de mi casa en Bogotá, tenemos colgado un plato que la Caja de Ahorros y Monte de Piedad del Círculo Católico de Obreros regaló hace años a sus clientes y que mis padres nos mandaron. Es un plato histórico pues aunque tenue, se ve el mirador del Hotel Sabadell de grandes emociones para la Obra. Me es fácil hacer parones en la lectura, mirar el plato, meterme por esa ventanica y llegar al pequeño cuarto en el que San Josemaría trabajaba, recibía gente, y sobre todo, fortalecía en su libertad y llenaba de ideales grandes los corazones, ideales que se pueden hacer realidad en pequeños espacios de cualquier lugar del planeta.

Todo esto se ha ido forjando en mi interior con la madurez de los años y de las experiencias. Y además exaltado por la exclamación que sale espontánea y sentida de las personas cercanas a la Obra cuando me preguntan de donde soy. Al oír que de Burgos dicen sin dudar: ¡qué suerte!, ¡de Burgos!, ¡todo lo que vivió allí nuestro Padre!

Una vez más les doy las gracias por este homenaje. Me da pesar no estar presente, tampoco mediante la vídeo-conferencia pero estoy fuera de Bogotá. Me encuentro en Cartagena aunque no precisamente en la turística ciudad sino en una población cercana, pobre, rudimentaria.. sin ni siquiera agua y luz permanentes.

Con este mail quiero hacerme presente y pasar este rato con ustedes.

Aprovecho para enviar un fuerte abrazo a mis compatriotas que viven en otras latitudes, en concreto a Marta Elvira con la que compartí los años de Instituto, y a Teresa Peña. Hago extensivo mi saludo a todas las demás de las que he oído hablar mucho pero que no conozco personalmente.

Un cariñoso saludo a todos ustedes y nuevamente mil felicitaciones por esta iniciativa.

Mila Hernández García-Arroyo

